

Precisiones y recuerdos —crítica y elogio— de mi viaje a La Habana

Luis Antonio de Villena

POR LA LITERATURA PRIMERO, Y POR LOS AMIGOS CUBANOS después, siempre he sido cubanista o cubanófilo. José Olivio Jiménez (que a veces se sentía lejos de Cuba, pero que es muy cubano) me hizo conocer, desde hace muchísimos años, letras cubanas y costumbres de Cuba. Siempre recuerdo la palabra *huititío* —ignoro su grafía— que sería alguien muy delgado, un alfeñique. Pero cuando la dije en La Habana, sólo la recordaban los mayores. Y, por ejemplo, en el *Diccionario del español de América* de Marcos A. Morínigo (1993) la voz no figura. Por eso, poder decir *huititío* me otorga a mí mayor cubanidad. Después de José Olivio —por hablar de cubanos con nombre— conocí y traté, más entonces, a Guillermo Cabrera Infante y a Miriam Gómez, dos británicos ahora, que jamás han dejado de vivir en La Habana que hubieron de abandonar.

Después quise y traté mucho a Gastón Baquero con quien pasé largas noches de charla —él se acostaba temprano, pero hacía excepción conmigo— en su destartalado piso madrileño. Entre sus muchísimos libros, sobre la mesa camilla que le servía de salón, había una gran foto de Lezama. Yo leí *Paradiso* de adolescente (en la edición mexicana que cuidó Cortázar) y me embriagaba su culturalismo exagerado y su prosa para gnósticos. A mis veinte años —1971— Lezama Lima era uno de mis santones, que siempre prefería minoritarios. Gastón Baquero (cuando aún cocinaba y lo hacía muy bien) me preparó una noche *ropa vieja* y casabe —*cazabe* escribíamos acá— la más antigua comida del Caribe, el pan de los extintos indios taínos, hecho con mandioca. Luego Gastón me regaló —yo fumo tabacos— su antiguo cortador de puros, como una guillotina dorada de bolsillo, pues él había dejado de fumar...

Como desde muy joven oí contar las miserias del castrismo nunca simpatice con su revolución. Pero (aclaro) cualquier hombre sanamente libre simpatiza con una necesaria revolución. Aunque es imposible simpatizar con un dictador. Fidel Castro ha sido, finalmente, no la gloria, sino la miseria, de su, al inicio, tan prometedora y hoy tan fallida Revolución.

Cuento todo lo que antecede para dejar claro cuánto podía gustarme ir a La Habana (la tierra de muchos amigos que se fueron o que aún estaban) y cuánto a la par temía ir. Fui a algún país comunista europeo antes de la caída de la URSS y nunca me gustó aquel aire oprimido. Aquella evidente y elemental falta de libertad. Dudé mucho. Pero al fin —en una ocasión propicia, invitado con otros dos escritores amigos, por el Ministerio español de Asuntos Exteriores— estuve unos días en La Habana, en mayo de 1993. Era un viaje largo que se había iniciado en México (donde Octavio Paz me desaconsejó visitar Cuba) y que concluiría en ese país remoto —respecto a Cuba— que es la República Dominicana. Casi nadie me auguraba nada de La Habana (no iba a haber tiempo para visitar otros lugares) y la aprensión no me era ajena. Pero fui. Con Luis García Montero y Francisco Brines, excelentes compañeros de viaje. Aunque hablaré de mí, puesto que son mis impresiones, y no puedo hablar por ellos.



Del aeropuerto *José Martí* —donde nos aguardaba Carlos Barbáchano, gran anfitrión y entonces agregado cultural de la Embajada de España— sólo recuerdo una sensación de hangar (aeropuerto militar más que civil) y una aduana dura, con guardias de rostro severo, que miraban minuciosamente el visado. Actitudes nada simpáticas, pero que ocurren en muchas partes del mundo. Luego se ocupó de todo Barbáchano, que nos llevó en su auto al hotel. Hotel que primero iba a ser un desportillado caserón de El Vedado, y que —por no sé qué problemas— concluyó siendo el *Habana Riviera*, gran hotel de lujo en el Malecón (en los finales años 50) detenido como casi todo en la ciudad entonces, pero sin ya *glamour* y sin lujo...

¿Cómo diré mi impresión de las primeras calles de La Habana, mientras íbamos, charlando, hacia el hotel, en un auto español nuevo, es decir distinto de cuantos nos reodeaban? Me pareció un aire limpio y un mundo pobre. Y más. Todo parecía arrasado, desolado, como si hubiese habido una guerra —diría yo— pocos meses antes. Hacía sol y calor —Camus decía que al sol todo es menos pobre— pero aquello no parecía un mundo luminoso. Pocos coches y casi todos viejos, modelos norteamericanos de los años 50. Bastantes bicicletas. Luego creo que ha habido más. La gente —su vestido, aunque veraniego— tiene un aire *corriente*, como se dice en España. Eso quiere decir, en realidad (y otra vez brota la palabra) escasez y pobreza. Ello apenas podrá decirse. Nadie lo puede negar.



Mi habitación en el *Habana Riviera* era grande y debió haber sido espléndida. Daba el ventanal a una gran piscina (en la que una tarde me bañé, era agua de mar) que falta de sombrillas, de hamacas y de cierta sofisticación, parecía una gran poza en el cemento. La habitación —otra vez con innegables residuos lujosos de los años 50— no era confortable, aunque sí grata. El agua de la cañería del lavabo se salía (apenas abierto el grifo) y tuve que avisar para que un fontanero hiciera un rápido arreglo. El aire acondicionado —que sí funcionaba— no era fuerte (eso no me importaba) y hacía mucho ruido. Zumbaba como un viejo animalote cansado. Todo era normal. Eran aparatos viejos. Y todo pedía un arreglo o una jubilación que no tenía. Se quejaban, los pobres, de viejos. Nada más.

En los ascensores nunca faltaban —ni entrada la noche— unas mujeres bien maduras y uniformadas (gruesas por lo general) que manejaban los mandos del ascensor, como los ascensoristas de los años 20, tan elegantes, pero no era su caso. Eran mujeres serias, que te miraban con respeto. Cuando entendían que eras español, te saludaban con mayor amabilidad idiomática. Una me dijo una noche —cuando yo salía, perfumado, a cenar— *lleva una colonia muy rica*. No sé por qué vine a entender que me la pedía, o que podríamos llegar a algún buen acuerdo (fuera el que fuese) si yo se la regalaba. Pero es sólo una sensación, porque me limité a sonreír: *Gracias. Muchas gracias*.



Desde el *Habana Riviera* (rodeado de gente joven que pululaba por el Malecón, y por algún coche patrulla policial, de cuando en cuando) fuimos caminando, una tarde, hasta la célebre heladería *Coppelia*, en un parquecito ajardinado. Fuimos caminando, preguntando. Llegamos desolados.

Nada más comenzar a andar se nos acercaron multitud de niños y adolescentes que, al oírnos, nos hablaban, nos preguntaban, y sobre todo nos pedían. Algunos desistían pronto. (Yo llevaba caramelitos y chicles que iba repartiendo, de a poquitos, para no gastarlos el primer día.) Otros —pocos— eran incluso muy perseverantes. Por ejemplo aquéllos tres o cuatro que nos llevaron hasta *Coppelia*, sin querer o queriendo. Un negrito de unos doce años, sumamente vivaz y simpático, era el que llevaba la batuta. Tenía la despierta listeza del que tiene que apañarse pronto en la vida. Atravesamos, caminando, zonas de El Vedado. Antiguas casas en su mayor parte dejadas, vecinales, medio destruidas, descuidadas, al menos. Sí, parecía, en efecto, que hubiese habido una guerra. Una refriega, si poco. O un huracán o un vendaval. Alguna revolución, pero cualquier cosa, apenas unas semanas atrás... La gente nos miraba con simpatía. A mí me daba mucha pena.

En *Coppelia* —que tiene dos zonas, entre árboles— había larguísimas colas en ambas puertas. Esperando para comer helado. Ya sabíamos que a los turistas (portadores de dólares, de hecho apenas llegamos a ver un peso cubano) se les evitaban las colas. Nos lo habían dicho y así era. Un guardia de la puerta, apenas vernos —los chiquitos, con el negro a la cabeza, semejaban haber

desaparecido— nos hizo un gesto amable, indicándonos que podíamos pasar. Los de la cola, naturalmente, miraban en silencio. Nos sentamos. Todo tenía un aire cordial —no demasiado bullidor— y sencillo. Se acercó un camarero. ¿Qué queríamos? Helado, claro. Pero ¿de qué gusto? Sólo había dos: Vainilla y chocolate (Hoy parece inevitable recordar *Fresa y chocolate*, como en la película de Gutiérrez Alea, tan recatada y tan bella). Trajeron las dos bolitas de helado en un recipiente de plástico, muy vulgar. Probé ese helado. No me gustó. No era helado italiano ni nada parecido. Lo iba a dejar y salir de allí (me estaba deprimiendo la pobreza, la carencia, el aire desolado de la ciudad) cuando observé que, tras las rejillas, al lado de nuestra mesa, había reaparecido los muchachillos, con el negrito a la cabeza: Miraban al helado como un tesoro de piratas bucaneros en una isla perdida. Miraban al helado como hubiese Stevenson descrito una maravilla. Se lo dí —tendrían que devolver el envase de plástico malo— y me marché. La cola había desaparecido de ese lado de *Coppelia*, pero se multiplicaba en el de enfrente. Pregunté: ¿Qué ha ocurrido? Me contestó sin asombro el guardia: Aquí se acabó el helado, y deben ir a la otra parte... Corriendo me fui en busca de un taxi, de los que hay para turistas, que marcan la carrera en dólares. De hecho (como otra paradoja más del castrismo) el dólar es hoy la moneda *real*, la verdadera moneda de Cuba.

A mí, como a otros, el primer contacto con La Habana me deprimió. Vi una ciudad bella y abandonada y —por qué no decirlo— algo así como un pueblo bello, abandonado también...



Al día siguiente —tras paseos por el Malecón, La Habana Vieja y los alrededores del gran Capitolio— apareció el primer amigo: El estupendo César López. Poeta y hombre vivaz y tierno a quien yo había tratado ya —varias veces— en Madrid, en Las Palmas de Gran Canaria y en Ciudad de México. César era y es verdaderamente un amigo. No invitó a ir a su casa (muy cerca del Malecón) a beber algo en el jardincito, por la noche. Una noche caliente y suave...

Cuando llegamos, César estaba feliz, y me dijo que estaba leyendo a Julián del Casal, preparándose para mi visita. Hicimos bromas y reímos. César sabía mi admiración por Casal, sobre quien escribí —hace años— un largo estudio, a instancias de José Olivio Jiménez, *El camino simbolista de Julián del Casal* (1979) recogido después en mi libro *Máscaras y formas del Fin de Siglo* (1988). Ese año, además, se cumplía el centenario de la muerte de Casal —en el que se me invitaría luego a participar— pero, qué lejos parecía todo del aire suntuario del *Soneto Pompadour: Amo el bronce, el cristal, las porcelanas...* César López recitaba, con emoción: *y el lecho de marfil, sándalo y oro, / en que deja la virgen hermosura / la ensangrentada flor de su inocencia*. Casal es la gran columna que sostendrá a Lezama, pero alrededor, aquella casa cordial, mostraba el mismo desamparo que la ciudad entera. Todo deslucido, viejo, y en las estanterías de una sala de estar, libros antiguos —libros de años atrás— envejecidos por el salitre o la humedad, amarillentos, quebradizos diría... El mismo desamparo.

Carlos Barbáchano nos había dicho, cauteloso, que cada vez que alguien nos invitase a su casa llevásemos una botella de algo —comprada con dólares en las tiendas para turistas— porque nadie tenía nada. Yo creo haber llevado, sistemáticamente, botellas de ron negro (*Habana 7*) y eso es lo que siempre (o casi siempre) bebimos. Por ejemplo aquella noche grata, en el pequeño jardín de César López, junto a su casa desamparada que, entonces, no podía abandonar sin que le reemplazase su hija —estudiante de medicina— en la guardia, porque se había roto la cerradura de la entrada, en alguna tormenta o ventisca marina, y como todavía no habían encontrado otra nueva, tenían que vigilar, uno u otra, porque no había cerradura y la puerta de entrada permanecía semanas abierta.

Como ocurre con casi todos los cubanos que viven en la isla (incluso cuando están fuera de ella) César no dijo ni una palabra contra el castrismo o la Revolución y tampoco dijo nada a favor. Ni palabra. Hablamos de literatura y de vida. Todo lo demás, la resistencia, la heroicidad, el espanto —el relativo espanto— ¿no saltaba a la vista, más que visible, protuberante? Yo creo —por algún gesto de César— que él sabía que todo estaba dicho. ¿No lo estaba contemplando yo? Mejor hablar de Lezama y de Casal y de los poemas que César sigue escribiendo, por encima de la ola y de las olas, admirable...



Otra noche al volver al Hotel, solo, se me acercaron tres muchachas, bien arregladas, que andaban (como tantas y tantos) por el contorno, esperando. Estaban especialmente arregladas y eran, además, muy guapas, las tres. Dos blancas y una negra. Me pidieron si quería subir las al bar del Hotel que estaba arriba, en la terraza —aunque no era nada lujoso, sino más bien modesto— e invitarles a beber algo. Supuse que la petición era más rica que la mera demanda de una coca-cola, y aunque yo no estaba interesado en ese *más*, no me pareció bien decirles que no a aquellas señoritas, insisto, tan guapas... Entramos juntos y fuimos a los ascensores. Se me había olvidado a mí la existencia de aquellas estrictas y gruesas gobernantas ascensoristas. La gorda nos miró —tras decirle yo que íbamos arriba, al bar— y enseguida me dijo: *¿Las señoritas van con usted?* Aseguré que sí. Y añadió entonces: *Pues tienen que estar siempre con usted. No pueden quedarse solas.* Ellas —las muchachas guapas y arregladitas— nada decían. Ni palabra. Así (con una mueca displicente hacia la gobernanta) llegamos al bar, una terraza al aire libre, prácticamente vacía. El clima era muy agradable. Pedimos sendos refrescos, y enseguida la negra —con mucho la más decidida, las otras dos no perdieron un comportamiento discreto o hasta modoso— vino a sugerirme algo sexual. Como a la habitación era (o parecía) difícil ir podríamos hacerlo allí mismo, en los lavabos que había en la misma terraza. Se abrió lentamente de piernas. La negrita iba preparada y no llevaba ropa interior. Me lo mostró sin ningún alarde... No, yo no estaba interesado y además tenía que volver a salir. Con mucho gusto les invitaba al refresco y a quedarse pero —según había oído— esto último era imposible. Tenían que salir cuando yo

saliera. Las tres hermanas del cuento caribe. Hablamos sobre todo de diversión. Aquellas chicas (especialmente la negra, hermosa y ardiente) se querían divertir y no sabían cómo ni dónde. Para aquella negra la Revolución verdadera hubiese sido una discoteca cualquiera, abstracta y feliz, en Madrid, en Miami o en Nueva York... Ella quería pasárselo bien, era joven y el cuerpo le pedía guerra. Quería divertirse, no necesariamente paseando por el Malecón. ¿Por qué eso no podía ser? Jamás he visto mayor desdén por la política. Mayor desdén tácito por el castrismo: Una chica negra quería ser golfa, decente y feliz —todo al tiempo— y no podía. Estaba indignada. Era una hija del coraje hacia la libertad. Era anticastrista —muda— por amor al chachachá. O simplemente porque libertad es, así de simple, poder vivir. Poder salir, poder ligar, poder pasárselo bien sin miedo a la represión. Sin sabuesas ascensoristas. ¡Cómo deseé que aquella guapa negra, con los labios rojos, fuera —como merecía— libre y feliz! Yo hice lo que pude. Nada prácticamente.



Una tarde —hacía mucho calor— Brines, García Montero y yo, leímos nuestros poemas en la famosa (en los buenos tiempos de la Revolución) Casa de las Américas. El recibimiento fue muy cordial y el público, culto y especializado. Una mujer rubia y de aire distinguido —lamento no recordar su nombre— y que debía ser una autoridad en la Casa, nos presentó brevemente. Antes —o después— en su despacho, que tenía aire acondicionado (no así el salón, sofocante, en que leímos) nos ofreció una tacita de café solo. Aquello tenía todo el aire de ser —el gesto, las pequeñas tazas— un lujo o una distinción ofrecida sólo a visitantes distinguidos. Entre los asistentes estaban Eliseo Diego y Miguel Barnet, a los que yo había visto —sobre todo al segundo— varias veces en España. Haciéndose el portavoz de los tres lectores españoles, Brines empezó diciendo (sin más comentarios) que nuestra lectura, la de los tres, *estaba dedicada a dos amigos cubanos: Gastón Baquero y José Olivio Jiménez* (dos exiliados). Las palabras fueron acogidas con tranquilidad y respeto. Pero al terminar todo —yo sudaba— Miguel Barnet, muy simpático, se me acercó: *Chico, tú has sido el mejor*. Me alabó, cosa natural si se tiene en cuenta que era al que más conocía. En España siempre encontré a Barnet simpático y festivo, incluso levemente *loca*. Ahora estaba más serio, más prudente, más controlado. Y así, tras lisonjear mis poemas, declaró que Paco Brines había hecho mal en decir lo que había dicho. Al parecer no era un gesto amable. Me limité a repetirle que lo había hecho en nombre de todos, y que sólo había mencionado —sólo— a un gran poeta y a un gran crítico literario. Barnet se despidió amablemente de mí (sólo de mí) y ya no lo volvimos a ver más. Un año después —creo— me envió dedicado —vía EEUU— su tomo de poesía *Con pies de gato*, que leí con interés, aunque siga prefiriendo su prosa. Me dijeron —saliendo de la Casa de las Américas— que Barnet era entonces un escritor vinculado directamente al Régimen de Castro (incluso detentaba algún cargo) y vivía muy bien con su novio. Siempre me extrañó —con todo— pues hasta comprendí su necesidad de relativa

ortodoxia, ¿por qué un personaje así me enviaba su libro, editado e impreso en Cuba, La Habana 1993, a través del correo yanqui? Todos los asistentes, de otro lado, insistían (y lo hicieron durante toda nuestra estancia en La Habana) en excusar a Cintio Vitier y a Fina García Marruz, que no habían podido venir. Fue una excusa constante, nunca entendí por qué.



Las librerías de La Habana (las normales, en las que se pagaba en pesos) eran un verdadero horror. Montañas de ediciones soviéticas —en español— de las obras de Marx y de Lenin. Poco más. Pequeñas —mejor minúsculas— novedades de poesía, en papel malo y frágil como ala de libélula enferma. No tenían ningún interés y las vi siempre minimísimamente concurridas. Había, además, otras librerías (cerradas y con aire acondicionado, una muy cerca del *Floridita*) donde, por supuesto, se pagaba en dólares. Curiosamente en esas librerías —más pequeñas— había clásicos cubanos, que no se encontraban ya en las librerías normales. Libros agotados —pensé— o libros para circulación reducida. Allí había obras de Lezama y de Antón Arrufat, por ejemplo. Y también un libro con letras de boleros, que compré: *300 boleros de oro* de Helio Orovio. ¿Por qué esa barrera de cristal, entre dos librerías —ambas cubanas esencialmente— pero que parecían y eran dos mundos? En una de las librerías con obras de Lenin (otro día) se me acercó, cautamente, un chico con barba y aire de estudiante —en España, en los setenta, hubiéramos dicho que con aire *progre*— que me dijo si quería comprar libros antiguos. Le contesté que sí, y me rogó que le acompañase a su casa —en La Habana Vieja— que estaba muy cerca. Resultó, luego, que los libros viejos que guardaba (bastantes españoles, del antiguo Aguilar) o los tenía o no me interesaban en exceso. Pero tanto me impresionó su necesidad (su deseo de ahorrar dólares y marcharse) y la penuria general del entorno, que decidí comprarle tres o cuatro libros, para ayudarlo. El mejor —encuadernado y antiguo, aunque muy aviejado— era un tomo (Vol. XXIII de la colección de Libros Cubanos) titulado *Selección de poesías* de Julián del Casal, muy bien publicado en La Habana en 1931 con larga introducción de Juan J. Geada y Fernández. Lo conservo gustosamente por Casal, pero también porque me evoca —desde su avejentado lujo— lo que ahora voy a narrar: Lo avejentado y descuidado, a secas.

La casa en la que entramos, donde vivía aquel estudiante anheloso de ahorrar dólares, era un edificio antiguo, que en los años 20 —por ejemplo— debió ser casi esplendoroso. Pero todo en la casa estaba deteriorado hasta extremos —me pareció— cercanos a la ruina. Uno de los pasillos volados que daba al patio interior tenía un gran boquete, que se salvaba, a tres pisos de altura, simplemente por una tabla que servía de puente. Y el pequeño apartamento del estudiante (supongo que se había parcelado un antiguo piso) aparte de su sencilla pobreza natural, tenía grietas —grandes grietas— en las paredes. Aquel profundo deterioro lo miré con pena —nuevamente— y sin hablar. Había oído decir que La Habana estaba entonces peor porque habían habido, meses

antes, ciclones o grandes tormentas, y faltaban repuestos. Pero, aunque ello fuese verdad, no explicaba el desastre. Todo aquello estaba abandonado — todo— desde hacía, cuando menos, 30 años. En ese tiempo (por incuria, por desinterés) nadie había arreglado ni cuidado nada, y era una lástima, porque la Habana Vieja es un recinto bello y admirable cuya pervivencia —me temo— no está asegurada. La imagen que —para mí— lo resumía todo quedaba plasmada en el inservible y antiguo ascensor que yacía, derrengado como un viejo paquidermo, en el portal. Negro, cubierto de suciedad, de grasa, de polvo, caído entre las rejas, el ascensor —30 años parado— era el emblema de la ruina, del desinterés, de la desesperanza. Casi no se sabía que era un ascensor. Era un mohoso poliedro negro, opaco, inservible. Había que subir andando. Nadie se fijaba en el ascensor. Era un bulto. Una ruina maya sin descubrir. Una tumba. Un fetiche. Nada y todo.



Otra tarde leímos nuestros poemas —ante un público muy selecto de escritores y profesores— en el pequeño Salón Lezama Lima (con aire acondicionado, eso es superlujo en la tropical Habana) dentro del elegante Teatro Nacional, que era, me parece, el antiguo y rico Centro Gallego. Allí recuerdo, cordial y en primera fila, muy atento, a Eliseo Diego. Un poeta cubano nos presentó (eran textos escritos) a cada uno de nosotros. César López presentó a Paco Brines. Y a mí un poeta al que yo, aún, no había leído: Rafael Alcides —un hombre grande, de voz fuerte— que luego me regaló un libro suyo, *Agradecido como un perro*, de 1983. Alcides leyó un texto noble y liberal sobre mis poemas y sus amores heterodoxos, que defendió aunque había comenzado su discurso diciendo *¡Camaradas!*, para rectificarse enseguida, entre sonrisitas del público, con el clásico *Señoras y señores...* Recuerdo, con cariño, la cálida presentación que me hizo Rafael Alcides, que —externamente— me parecía alguien muy lejano a mí, y que resultó amigo en la poesía o en la palabra, que es un sentimiento mayor que la psicología. ¿Seguirá siendo revolucionario Rafael Alcides? ¿O tenía sólo esa profunda *revolución* que está siempre en los corazones limpios, pese a la escoria?



Una noche literaria —que *a priori* no lo era— tuvo lugar en casa de Pablo Armando Fernández, poeta y novelista, de barba whitmaniana y blanca, a quien yo conocía de años atrás, siempre muy felizmente, en España. Aunque acaso debiera haberme percatado de que la casa de Pablo Armando, en la zona de Miramar, era una de las pocas arregladas y repintadas. Porque eso en La Habana —en aquella Habana— significaba mucho. Por ello cuando yo me presenté, atardeciendo, con mi botella de ron, para contribuir a la fiesta, Pablo Armando, que me recibió muy contento con un par de besos, me dijo: *No tenías por qué traer nada. No debías haberte molestado. ¿Te apetece un whisky?*

Digamos que como si estuviésemos en Roma o en Madrid. No, la casa de Pablo Armando y su mujer no era lujosa (según lo que aquí entendemos por lujo) pero sí arreglada, pulida, cuidada, lo que —como he repetido— parece insólito en La Habana. En efecto, había whisky y lo bebimos. También había (además de algo que comer) varias botellas de ron. Me parece que allí, esencialmente, nada faltaba. Había profesores, poetas y amigos, en un aire distendido y cordialísimo. Terminamos medio borrachos y cantando, y hasta alguno de los caballeros presentes soltó su *pluma* cubana y concluyó, feliz, hablando en femenino. Hasta el propio Pablo Armando, al fin, finalizó entre risas y boleros hablando en femenino. Claro que, cuando bien entrada la madrugada, yo me iba —supongo que en el coche de Barbáchano y sus mulatas— Pablo Armando, encantador y entre besos, no dejó de decirme, con sus barbas blancas whitmanianas y su tez morena y solar, que pensara lo que pensara de Cuba, por favor —insistía— *nunca estés de acuerdo con el bloqueo norteamericano, porque el bloqueo es una gran cabronada...*

Querido Pablo Armando: Hace años que no te veo. Desde esa noche habanera en tu casa, me parece. Pero quiero decir, en honor a tu hospitalidad, y también a mis muchos amigos y conocidos cubanos, que te doy la razón. Estoy en contra del bloqueo yanqui, que me parece una gran cabronada. Pero estoy también en contra del bloqueo de Fidel que se ha convertido, tristemente, en la mayor piedra en medio del camino de Cuba. No debió ser así, lo sé. Nunca debió ser así, sino al contrario. Pero así ha sido. Así es que, querido Pablo Armando, te cuento amistosamente que estoy contra todos los bloqueos. Te abraza...



Recuerdo como una noche muy tranquila, lúcida y cálida, la noche en que visité —provisto, ahora con todo sentido, de mi botella de ron negro— la casa de Eliseo Diego, uno de los grandes poetas de *Orígenes*. Era una casa, con pequeño jardín, noble y vieja. Y estuvimos sentados, noche adentro, en el despacho de Eliseo, lleno de libros y curiosidades, con un aire augusto —un despacho sabio y culto— que parecía recubierto (cierta dejadez) por un aire de incuria y de tristeza. La pobreza y la carencia, como reptiles raros, deambulan por La Habana en todas partes, eficientes y calmosos, y todo lo llenan y terminan contaminándolo casi todo. Con Eliseo hablé de libros y de poesía. Él —muy cordial— parecía cansado, pero hablar de libros y de literatura (hablar como si todo fuese normal) le animaba. Su aire cansado y quizá enfermo se trasmutó en alegría charlando de libros... Por lo demás, para acompañar la botella de ron (que concluimos) no había sino vasos y agua. Nada más. Sin hielo. Nos despedimos, emotivamente, madrugada larga, cuando el aire habanero parece más sutil. Recuerdo que, camino del Hotel, pasamos por delante del caserón —desportillado también— de Dulce María Loynaz. La viejita estaría, en ese momento, ahí dentro, en sus delirios dulces de silencio. Nunca volví a ver a Eliseo. Pero cuando, no mucho después, supe que se había ido a México y

que no volvía a Cuba, y en México murió, no pude extrañarme. Aunque yo no le oí una sola queja a Eliseo Diego, sí vi —como he dicho— a un gran hombre con una abrumadora sensación de tristeza encima. Un hombre derrotado y que se había cansado de luchar. Un hombre —de fino talento, como muchos de sus versos— que había perdido la esperanza. En un poema suyo titulado *El viejo*, de su libro *Por los extraños pueblos*, dice: *Cruzar las manos ásperas, / cruzarlas a oscuras, / cruzar sus tiempos...*

Había esperado, aguardado, y se había ido, al fin. ¿Qué reprobar? Nada, por supuesto.



Naturalmente existen en La Habana cinco o seis lugares, famosos de siempre o de ahora, donde hay cierto lujo y que se conservan como metidos en un fanal de fósiles. Hablo del bar y restaurante *Floridita* —con sus adornos y fotos de Hemingway— *La bodeguita del Medio*, más modesta, el cabaré *Tropicana* y algún otro restaurante, cuyo nombre he olvidado, como uno con aire de *bungalow*, cruzando la bahía de La Habana por el túnel submarino que va hacia El Morro. Aquel restaurante (en el que, como en todos los demás aludidos, se paga en dólares) era tropical y tranquilo. Se comía sencillo y bien, con un servicio muy esmerado, me llevó a él Carlos Barbáchano, y me pareció que los clientes ni siquiera eran turistas (que tampoco hay tantos en La Habana, prefieren las playas) sino diplomáticos todos o amigos de diplomáticos. En el céntrico *Floridita* tomamos un daiquirí y almorzamos otro día. Era lujoso, caro y se comía bien. Pero era terrible salir luego a la calle desde ese ilustre gueto dorado, pues resultaba como pasar de un sueño en tecnicolor —una película de hadas y reyes— al más ríspido neorrealismo italiano, al más seco y duro. Esos bares y restaurantes conservados son un total sinsentido, pues han perdido el clima vital que les hizo florecer —justo o injusto— y han quedado como saurios prehistóricos fuera de su natural clima. Cadáveres exquisitos, restos arqueológicos, parques jurásicos —reliquias— fuera de su verdad y de la Historia. Además los cubanos (al menos económicamente, si no más) tiene prohibido entrar ahí. ¿Irían a llorar la carencia? ¿O entenderían que la Revolución tiene el deber contrario de explotar a los capitalistas? Entrar al *Floridita* no es ir a beber o a comer, ni mucho menos a divertirse. No creo que eso sea posible. Se va por literatura. Y se entra como a un museo, en el peor sentido de la palabra. Un museo del que —como sea— ha huído la vida. A *Tropicana* no fui (Lo he visto, después, en Madrid.). Al *Floridita* no volvería. ¿Para qué? ¿Se imagina usted *Maxim's* —el restaurante parisino— en el centro de Belgrado, en plena guerra fría? ¿No se daría usted un susto, caballero amigo, al entrar o salir según su ideología? Y a lo peor —como en *Floridita* a mí— le ocurren, y no es bueno, ambos sustos a la vez. Inevitablemente, torva y cansina, la palabra *pena* vuelve a florecer en mi cabeza. Pena. Como ceniza. Pese a la belleza y a la bondad, pena.



Mi encuentro más querido en aquella visita a La Habana (había oído hablar mucho de él, en primer lugar a Miriam Gómez, la mujer de Guillermo Cabrera, pero yo no lo conocía) fue con Antón Arrufat. Sereno, apesadumbrado, lúcido, muy digno —pese a haberlo pasado, por razones político/sexuales, años atrás, muy mal— Antón seguía en su casa de la calle Trocadero, muy cerca del entonces desportillado edificio donde viviera Lezama Lima. Vi a Antón en lecturas y en la velada de Pablo Armando, pero, sobre todo, un par de días, a solas, en que paseamos por la ciudad, observando hermosos mulatos, y terminamos —charlando y charlando— en unos jardines, frente al puerto, oreados por la brisa. Antón me mostró una novela mía (impecablemente forrada de plástico) y que llevaba detrás una lista de los lectores que la habían tenido y que la aguardaban. No sólo la leían, la mimaban. Siempre pienso que deben haber sido los mejores lectores de *Fuera del mundo*, que era la novela en cuestión. Tiempo después —cuando Antón vino a Madrid— me dio un hermosísimo libro suyo de poemas, *Lirios sobre un fondo de espadas*, aparentemente neo-medieval y modernísimo. Recuerdo siempre que, en La Habana, al regalarme otro libro suyo, y pedirle yo que me lo firmara, como no llevaba bolígrafo, le di yo un negro *Montblanc*, grueso y lujoso, que me habían regalado. Noté que Antón no había visto (al menos hacía mucho) objetos de escritura así, lo tomó para dedicarme, mientras me decía sonriendo: *Chico, no sé si ya sabré usarlo...*

Antón Arrufat me pareció —y me parece— la pura imagen de la dignidad de una Cuba intelectual que ha sufrido (y sufre, de otro modo) pero que intenta mantener la altura mental a cualquier precio. Él no pertenece a los vencedores de Castro —¿lo son aún?— ni a los otros vencedores primeros de Miami, que tampoco aceptaron —de entrada— a los *marielitos*. Esa gran Cuba sigue siendo la más sólida, íntimamente, la más culta, la más sufrida, la más inteligente. Cuando leí (encantado) *Lirios sobre un fondo de espadas* le escribí a Antón —aún sabiendo las dificultades del correo en Cuba— una carta espontánea de felicitación y aliento. Hace más de un año. Naturalmente no sé aún si le ha llegado alguna vez.

Mi otro encuentro cubano —plural— más grato y de recuerdo mejor, fueron los varios grupos de poetas jóvenes que vinieron, llenos de entusiasmo, a hablar conmigo, a proponer intercambios poéticos, a comentar de versos y de futuro. A preguntarme por lo que no conocían y tanto querían conocer. Esos poetas (que aún no habían publicado libro) estaban entre los 20 y los 24 años, todos eran *hijos de la Revolución* y todos esperaban, realmente, un tiempo nuevo. Me enamoré de alguno de ellos. Hubiese querido ayudarles. Nunca habían probado otra cerveza que no fuera *Hatuey* —la cerveza oficial de la isla— y cuando les invité a mi Hotel a beber otra cerveza extranjera (en el Hotel había hasta dos marcas) tuvimos la mala suerte —era mi último día de estancia en La Habana— de que esas marcas foráneas acabaran de quedarse, de momento, sin existencias. Los poetas jóvenes pusieron una cara de resignación que no era, por supuesto, nueva. Me preguntaban, sobre todo, por dos escritores que yo conocía bien, y que estaban —y están, me temo— prohibidos en la isla: Gastón Baquero y Guillermo Cabrera Infante. Yo le regalé a uno

de esos poetas el cortapuros dorado que, años antes, me había regalado Gastón a mí. Le pareció un objeto sagrado. Y desde aquí les digo que la cinta grabada (ellos leyendo sus poemas) que me pidieron le llevase a Gastón, se la llevé en efecto. Y la oímos Gastón y yo juntos, una noche, aún en su vieja casa. Le gustaron los poemas y le gustaron las voces. Se sabía querido y eso le alentaba. Él no estaba por el rencor —por ningún rencor— sino por el encuentro. Fue emocionante oír la voz de aquellos chicos, en Madrid, mientras Gastón, sentado en su destartalado sillón, asentía con la cabeza.



La Habana me pareció gloria y llanto. Como la gran cultura cubana —y ese pueblo airoso— tan resistentes. Ese pueblo —sufrido, pobre— que vi pasear y merodear, insistentemente, por el Malecón, en busca de placer, de subsistencia y también —por qué no— de felicidad.

Una tarde —a punto de irme, no me quedaban ya los chicles que había llevado en cantidad, y que repartí por la calle— me cercaron, cordialmente, junto al mar, un grupo de niños y niñas (una mayorcita, sabía ya en la vida, terriblemente coqueta) que me pidieron algo: caramelos, chicle... Les dije —era verdad— que sólo me quedaba un chicle, y ellos eran cinco o seis. Entonces imaginé y propuse: Pienso un número y al que lo adivine le doy el chicle. Lo rifo porque sólo hay para uno. Pero, entonces —para mi bella sorpresa— uno de los chicos me responde: *No, mejor dánoslo, y lo repartimos*. Era un gesto más que emotivo. ¿Solidaridad socialista? ¿O solidaridad entre los pobres? No lo sé. Acaso ambas.

Cuba es, ciertamente, un grito de cambio. No para volver a atrás (en ningún sentido) sino para ir adelante. El grito de un pueblo —pese a tantos tumbos, pese a tantas injusticias— lleno de fuerza y de vida.

Aunque son palabras duras —y están escritas dos años después del viaje que acabo de narrar— cierro estas páginas con las líneas de un artículo de Andrés Trapiello titulado (como el libro de Arrufat) *De las pequeñas cosas: Todo cuanto se diga de la desesperada situación de Cuba en general y de la Habana en particular; cuanto pueda imaginar el lector de la miseria, el deterioro, la desolación moral y la desesperación de sus habitantes; todo cuanto podamos adivinar del albañal en el que Fidel Castro y sus colaboradores han convertido una isla maravillosa y una ciudad que es patrimonio de la Humanidad; todo cuanto podamos decir de lo que está pasando en aquel infierno será sólo un pálido reflejo de la realidad*.

¿Exagerado? Rabioso, sobre todo. No falso. No mentira. He preferido no utilizar palabras mías. Cuba —La Habana— es un grito silencioso. Pero también una gran esperanza. Y la cultura de Cuba —esa cultura que siempre ha sido excelente— no ha caído. No ha caído. Las palabras de Martí (tan gran prosista) habrán de ser, de nuevo, leídas e interpretadas: *Hombres somos y no vamos a querer gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado del molde de nuestro país*. ¡Que sea pronto y en libertad segura!